

EL TRAJE NUEVO DEL EMPERADOR



Había en otro tiempo un Emperador tan amante de los trajes nuevos que gastaba todo su dinero en vestirse. Cuando pasaba revista a sus soldados, cuando iba a un espectáculo o a un paseo, no lo hacía con otro objeto que el de mostrar sus vestidos nuevos. Cada hora del día cambiaba de vestido, y así como se dice de un rey: «Está en consejo», se decía de él: «Está en su guardarropa». La capital era una ciudad alegre gracias a la gran cantidad de extranjeros que pasaban por ella; pero un día llegaron dos bribones que dijeron ser tejedores y declararon saber tejer la tela más magnífica del mundo. No sólo los colores y el dibujo eran extraordinariamente bellos, sino que también lo eran los vestidos confeccionados con esta tela, los cuales poseían una cualidad realmente maravillosa: tenían la propiedad de hacerse invisibles para toda persona que no supiera desempeñar bien su empleo o que tuviese escaso entendimiento.

—Estos vestidos no tienen precio —pensó el Emperador—; gracias a ellos podré conocer a los hombres



incapaces de mi gobierno y sabré distinguir a los listos de los necios. Sí, esta tela me conviene.

Después adelantó a los dos bribones una gran cantidad a fin de que pudiesen comenzar inmediatamente a realizar su trabajo.

Prepararon, en efecto, dos telares e hicieron como que trabajaban, aunque no había nada en el telar. De vez en cuando pedían seda fina y oro magnífico, pero todo esto lo ponían en su saco y trabajaban hasta media noche con los telares vacíos.

—Me gustaría ver cómo va el trabajo —se dijo el Emperador.

Pero sintió que el corazón se le oprimía pensando



que todos cuantos eran necios o incapaces de realizar bien sus funciones no podían ver la tela. No era que él dudase de sí mismo, sin embargo, juzgó conveniente enviar delante de él alguno que examinase el trabajo. Todos los habitantes de la ciudad conocían la calidad maravillosa de la tela y todos estaban impacientes por saber lo estúpidos o incapaces que eran sus vecinos.

—Voy a enviar a ver a los tejedores a mi bueno y antiguo ministro —pensó el Emperador—, él es el que mejor puede juzgar la tela; se distingue tanto por su talento como por su capacidad.

El honrado ministro, de acuerdo con los deseos del





Emperador, entró en la sala en que los dos impostores trabajaban con los telares vacíos:

—¡Buen Dios! —pensó abriendo cuanto pudo los ojos—, no veo nada. —Pero no dijo una palabra.

Los dos tejedores le invitaron a aproximarse y le preguntaron qué le parecían el dibujo y los colores. Al mismo tiempo le mostraron sus telares y el viejo ministro fijó en ellos su mirada, pero no vio nada por la sencilla razón de que nada había.

—¡Buen Dios! —pensó—, ¿seré yo verdaderamente estúpido? Es necesario que nadie dude, ¿seré verdaderamente incapaz? No me atrevo a confesar que la tela es invisible para mí.

—Y bien, ¿qué decís? —dijo uno de los tejedores.

—Es encantador, verdaderamente encantador —respondió el ministro poniéndose los anteojos—. Este dibujo y estos colores... sí, desde luego diré al Emperador que estoy muy contento.

—Es para nosotros un gran honor —dijeron los dos tejedores.

Después se pusieron a enseñarle colores y dibujos imaginarios dándoles nombres, a los que el antiguo ministro prestó la mayor atención para repetir al Emperador todas sus explicaciones.

Los bribones continuaban pidiendo plata, seda y oro: se necesitaba una cantidad enorme para tan hermoso traje. Por supuesto, que ellos se lo embolsaban todo; el telar estaba vacío y continuaban trabajando.

Algún tiempo después el Emperador decidió enviar otro honrado funcionario para examinar la tela que se fabricaba y ver si se concluía ya, y sucedió a este nuevo enviado lo mismo que al ministro: miró y remiró pero no vio nada.

—¿No es verdad que el tejido es admirable? —preguntaron los dos impostores al tiempo que iban mostrándole y explicándole el soberbio dibujo y aquellos magníficos colores que no existían.



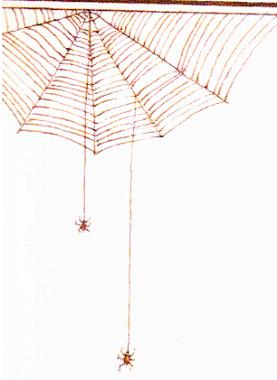
—Sin embargo, yo no soy un necio —pensó el hombre—. ¿Será acaso que no soy capaz de desempeñar mi cargo? Es muy extraño, pero tendré buen cuidado de no perderlo.

En seguida realizó un magnífico elogio de la tela y manifestó toda su admiración por la elección de los colores y el dibujo.

—Es de una magnificencia incomparable —dijo al Emperador, y toda la población habló sin parar de la tela extraordinaria.

Por fin, el mismo Emperador quiso verla mientras



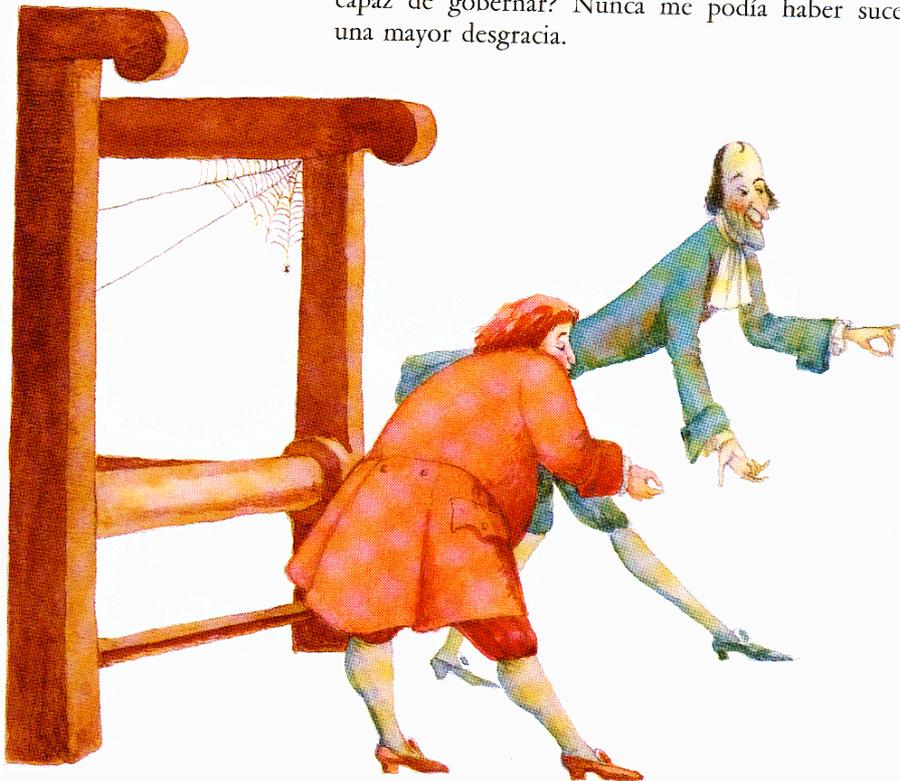


aún estaba en el telar. Acompañado de una multitud de personas escogidas, entre las cuales se encontraban los dos honrados funcionarios, se dirigió al sitio en que los astutos tramposos fingían que tejían, pero sin hilo de seda, ni de oro, ni de ninguna clase.

—¿No es verdad que esto es magnífico? —dijeron los dos honrados funcionarios—. El dibujo y los colores son dignos de vuestra alteza.

Y mostraron con el dedo el telar vacío como si los demás pudieran ver alguna cosa.

—¿Qué es esto? —pensó el Emperador—, no veo nada. Es terrible. ¿Acaso seré un necio? ¿Acaso seré incapaz de gobernar? Nunca me podía haber sucedido una mayor desgracia.



Después, de repente, exclamó:
—Esto es magnífico, y con gusto manifiesto mi satisfacción.

Movió la cabeza con aire satisfecho y miró el telar sin atreverse a decir la verdad. Todas las personas de su séquito miraron lo mismo unos después de otros, pero sin ver nada, y repetían como el Emperador: «Esto es magnífico», y hasta le aconsejaron que se vistiese con la nueva tela en la primera gran procesión.

—¡Es magnífica!

—¡Es encantadora!

—¡Es admirable!

Exclamaban todas las bocas, en medio de la satisfacción general.





Los dos impostores fueron honrados en público con una condecoración y recibieron el título de gentilhombres tejedores.

Toda la noche que precedió al día de la procesión velaron y trabajaron alumbrados por dieciséis bujías. Su trabajo era visible para todo el mundo. Por fin hicieron como que quitaban la tela del telar, cortaron en el aire con grandes tijeras, cosieron con una aguja sin hilo y después declararon que el vestido estaba concluido.

El Emperador, seguido de sus ayudas de cámara, fue a examinarlo, y los tramposos levantando un brazo en el aire, como si tuviesen algo en él, decían:

—Aquí está el pantalón, aquí la casaca, aquí el manto. Es ligero como una tela de araña. No hay temor de que pese a vuestra alteza sobre el cuerpo y he aquí precisamente en qué consiste su virtud.

—Ciertamente —respondieron los ayudas de cámara, pero no veían nada pues nada había.

—Si vuestra alteza se digna desnudarse —dijeron los bribones—, se podrá probar el vestido delante de aquel espejo grande.

El Emperador se desnudó y los bribones hicieron como que le ponían una prenda después de otra. Hicieron como si le ajustaran una costura o le ordenaran un pliegue. El Emperador se miró y remiró en el espejo.

—¡Gran Dios, qué magnífico! ¡Qué corte tan elegante! —exclamaron todos los cortesanos—, ¡qué dibujo!, ¡qué colores!, ¡qué hermoso traje!

El gran maestro de ceremonias entró.

—El palio bajo el cual vuestra alteza debe asistir a la procesión está en la puerta —dijo.

—Bien, estoy dispuesto —respondió el Emperador—. Creo que no estoy mal así.

Y se volvió a mirar una vez más ante el espejo para ver bien el efecto de su esplendor.

Los chambelanes que debían llevar la cola hicieron







como que recogían algo del suelo, después levantaron las manos, no queriendo admitir que no veían absolutamente nada.

Mientras, el Emperador caminaba orgullosamente en la procesión bajo su magnífico palio, y toda la gente en la calle y desde las ventanas exclamaba:

—¡Qué soberbio traje y qué graciosa es la cola! ¡Qué corte tan precioso! —Ninguno quería demostrar que no veía nada.

Habría sido declarado necio o incapaz de desempeñar



su empleo. Nunca los trajes del Emperador habían despertado semejante admiración.

—¡A mí me parece que no lleva vestido alguno! —observó un niño pequeño.

—¡Gran Dios! ¿Oís la voz de la inocencia? —dijo el padre; pero en breve susurró la multitud, repitiendo las palabras del niño.

—Hay un niño que dice que el Emperador no lleva vestido.

—No hay tal traje —exclamó al fin todo el pueblo.





El Emperador se sintió en extremo mortificado, porque le parecía que tenían razón; sin embargo, tras pensar un momento, tomó una resolución:

—Sea como sea, es necesario que continúe hasta el fin.

En seguida se enderezó orgullosamente y los chambelanes continuaron llevando con respeto la cola que no existía.